

Querido Colega:

En cuanto a escribir cartas no soy un Voltaire, ahora me estoy preparando para la segunda carta más larga de mi vida. La primera la escribí hace veinte años a una chica, tratando de demostrarle lo más racionalmente posible cuán ilógico era que no me amara; en aquel entonces había comenzado mis estudios de matemáticas en la universidad con teoremas, subteoremas, notas de pie de página, observaciones, etc. y, al final, llegué a la conclusión racional irrefutable que debía amarme. Pero ella, mientras masticaba un chiclet, y sin tomar nada en serio esta tradición greco-judía, me echó.

Todas las cartas son una carta a Tatjana, Ja kwam pisu csivó zse bólje? Yo le escribo a usted, ¿hace falta más?. Hay quienes aseguran que en las venas de Pushkin corría sangre negra. Entonces, en las más también podría correr sangre argentina... Quizás es esto lo que debería haberle dicho a la chica y mandado al carajo a Aristóteles. Angelita mía, mi abuela paterna tenía plantaciones en la Argentina ó, mejor, era bailarina, o bien, tenía un salón literario, tristemente célebre en Mendoza... ¡Cómo hubieran brillado sus ojos...!

Como ve usted, colega mío, si algo está lejos - por ejemplo la Argentina - de inmediato nos parece misterioso. Y si está muy cerca - por ejemplo esa chica - es misteriosa también.

En este pasado octubre estuve tres semanas en Viena. Allí me encontré con Batuz y nos pusimos de acuerdo sobre esta carta.

El se fue y me quedé con el enigma.

Comencé a recorrer las librerías para saber si había algo de usted en alemán. Erróneamente creí que para escribir cartas se debe conocer al destinatario. Pero, en realidad, es al remitente al que habría que conocer. No es éste mi caso. Yo estoy compuesto principalmente de "no-saber", sospecho, incluso, que la misma literatura es la prueba que confirma este "no-saber". Es el Gran Ignorante.

Aquellos que saben todo son los críticos - y los fabricantes de acero (son ellos los sabihondos).

Tanto en Argentina como en Hungría, la literatura es periférica. Pequeña, insignificante. El pan es importante, la literatura no. Pero, su no-importancia, llegará a ser importante algún día. Esto es lo que ha modificado la "historia". Hoy por hoy, todo epicentro se ha convertido en algo sospechoso.

Eduardo Gudino. Un húngaro en Viena puede pronunciar estas dos palabras con gran patetismo y una cierta teatralidad. Entré en una librería, lancé una mirada punzante a las vendedoras y con dignidad varonil les enrostré: Eduardo Gudino. Con su permiso ulterior no agregué Kieffer ya que no hubiera sonado tan exótico. Las vendedoras de la librería se sonrojaron - por un instante creyeron ó tuvieron la esperanza, que quizás fuera yo ese misterioso E.G. - y comenzaron a buscar sus libros bajo la letra G, pero todo en vano.

Mientras usted, en Buenos Aires, se dedicaba a la gran vida, en Viena se iba convirtiendo, gracias a mí, en una figura cada vez más nebulosa.

Ocurrió otro giro dramático. El hombre de enlace que dejó Batuz, abandonó inesperadamente Viena, cortándose así el último lazo.

Quedé solo en una ciudad extraña, con su nombre. Usted ignoraba esta Doble-Soledad. Soplaban un viento destemplado de octubre y yo murmuraba su nombre como una canción triste, triunfante: Eduardo Gudino... Si alguna vez llegara a pasar por Viena, le facilitaré la lista de aquellas librerías donde su nombre, convertido en una palabra mágica, causará una conmoción entre las vendedoras.

No se qué han hecho ustedes de Latinoamérica, pero en lo que a nosotros se refiere, hemos estropeado Europa. Ser europeo hoy significa principalmente: ser desatento. La parte oriental es desatenta alegando que, sumergida en sus grandes problemas, no puede ocuparse sino de sí misma; la parte occidental es desatenta porque cree que con su gran opulencia no necesita de los demás. Una es más necia que la otra. Europa nunca estuvo dividida, pero con el pasar del tiempo comenzaron a aceptarlo. Yalta, etc... - no voy a recitar la lección. Ni me interesa. Que quede entre nosotros: a mí Europa no me interesa en demasía. Yo no puedo, por decirlo así, reflexionar sobre Europa Central; para mí ésto es demasiado, vasto y presuntuoso. Me interesa más aquella chica y Aristóteles. No soy un "hombre de acción", me rodeo de palabras porque sólo tengo palabras; con palabras tejo mis sentimientos, mis aventuras, mis mal llamadas acciones; a mis cuatro hijos, a mi mujer y hasta a mi padre. Todo esto no me regocija demasiado, lo reconozco.

Y ahora asistimos al cambio de Europa. Esto no ocurre con frecuencia. ¡Quién hubiera pensado que mientras redacto esta carta casi de todas partes están echando a estos canallas...! También en mi patria ocurren más cosas, día a día que en otro país tranquilo durante un siglo... Ahora, con entusiasmo, motivación y mal gusto estamos vendiendo por unos dólares en cajas de bombones estrellas rojas, alambres de púa y pedazos de ladrillos del muro de Berlín.

Yo podría admirar a su patria por sus bifés, ya que preferiría escribir guías para restaurantes en vez de novelas. Podría también, por ejemplo, respetar a su país por Cortázar, aunque no me gusta escribir novelas sino leerlas - justamente ahora estoy enloquecido hojeando Rayuela; yo también tengo una novela de esa índole para hojear. Pero, en realidad, respeto a Argentina por el fútbol, porque soy escritor solamente en segundo lugar, en primer lugar.... era futbolista, algo así como de tercera clase, pero verdadero, no imaginario.

No puedo suponer que a usted no le interese el fútbol, pues creo que no debe existir un argentino al que no le interese. No estoy pensando en primer término en Maradona (en cierto sentido él no es argentino, es Maradona), sino en el profesor Ardiles ó en Kempes que son de mi edad. Un argentino toca la pelota de otra manera que un europeo, con mayor cariño y hasta diría que con respeto. Incluso los mediocres y aún los zagueros. Solamente en los grandes del fútbol europeo existe ese respeto y esa naturalidad.

Hace poco, en octubre, he visto a Mario Kempes en una calle de Viena. Sus ojos brillaban, sus cabellos le llegaban hasta los hombros, parecía un semidios. O un indio patagón. Recuerdo una frase en una fábula de mi niñez: "- Amigos, dijo de modo sombrío el indio patagón". Así paseaba el gran Mario Kempes y a su lado - ¿huelga decir? - aquella chica a la que escribí la carta más larga de mi vida.

Nada termina aquí, mi carta tampoco, ahora sólo la interrumpo.

Budapest, 6 de diciembre de 1989.

Péter Esterházy